



BARCELONA, 15 AGOSTO 1909

Ayuntamiento de Madrid

25 CÉNTS.



Ya tenemos Papa. Fracasó la huelga. Lo primero estaba absolutamente previsto; lo segundo no era tan fácil de prever.

La elección de Pío X ha sido, dentro de las condiciones actuales de Europa, una guerra que en otros siglos hubiera durado años y costado mucha sangre, muchas proseripciones, muchas lágrimas: había-se vuelto á plantear, dentro del Cónclave, la lucha entre Güelfos y Gibelinos. Han ganado los Güelfos; el emperador de Alemania ha sido derrotado en la persona de Gotti.

Con motivo de este importantísimo suceso la prensa española se ha colocado á una altura á que habrán podido igualar, pero no exceder, los más encopetados periódicos de ambos mundos. La información ha sido rapidísima, nutrida, instructiva, verdaderamente notable, y ya que tanto se ataca, con razón á veces, injustamente otras, á nuestros periódicos, justo es en esta ocasión reconocer su mérito.

Solo un reparo se nos ocurre: se ha abusado algo de los artículos con el epígrafe de *Papam habemus*, siendo así que la fórmula reza: *Habemus papam*.

En cuanto á la huelga de Barcelona, no se puede negar que el gobernador Sr. González Rothwos se mostró hábil, prudente y al mismo tiempo enérgico, —no en palabras, sino en resoluciones,— pero no influyó poco en el «reventamiento» del paro general un oscuro, desconocido y humilde obrero: el cochero que subió al primer tranvía y le puso en movimiento *decidió* la suerte de la huelga. El campanillazo del conductor dando la señal de arrancar repercutió formidablemente en todo *Barcelona* y su *radio*, y dió la señal de ir al trabajo.

Es muy posible que los obreros tengan ya bastante con lo ocurrido, y se impongan en lo sucesivo á los que á cada dos por tres les arrastran á holgar. Porque es indudable que la mayoría *desear* trabajar, y tiene que renunciar á ello por las predicaciones y amenazas de unos cuantos agitadores, convirtiéndose cada hogar en un infierno donde falta el pan y sobran las imprecaciones y las lágrimas.

Por lo que vienen diciendo algunos periódicos se echa de ver que en política, como en tantas otras cosas, una cosa es predicar y otra dar trigo. Por autorizadísimo conducto se ha hecho notorio que aquello del *Tesoro* de la república va muy mal; parece que los Cresos y Fúcares del partido se muestran muy remolones en aflojar la mosca, mientras los pobres dan todo lo que pueden, y aun más de lo que pueden. Por otra parte, según ha dicho un caracterizado carlista á un *reporter*, cuando se ha tratado de armar alguna zalagarda carcunda, jamás D. Carlos ha soltado un céntimo para *la causa*, dejando que lo hicieran sus súbditos, hasta arruinarse por *El*. Lo cual demuestra que en cuanto á dar dinero todos son muy *Caballeros de la Tenaza*.

La gente se divierte, cerrados la mayor parte de los teatros, en los bailes que en obsequio al bello sexo menegildiano dan los ultramarinos, taberneros y tabajeros. Economía, diversión y negocio todo en una pieza.

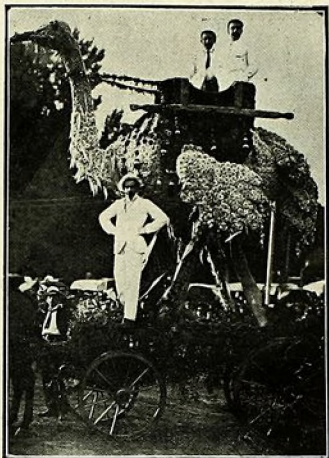
En Madrid da mucho que temer la viruela, y en Barcelona no sería extraño que adquiriese incremento el tífus. Esto da la medida de como andamos por aquí en punto á higiene pública. Se ha *descubierto* en la coronada villa una casa de la calle de Segovia habitada por 700 personas; en ella hay cinco enfermos de viruela que con la mayor facilidad del mundo se la pueden pegar á cincuenta, á ciento ó á quinientos. En Barcelona se tiene descuidado, por su parte, de una manera escandalosa, cuanto se refiere á la canalización del agua y á la buena calidad de los alimentos. Estamos condenados á ser el ludibrio de Europa.

Ha aparecido en la *Gaceta* un decreto contra la mendicidad y la vagancia, pero resulta impracticable por no haber locales donde albergar á los menores de edad que sean recogidos y separados de sus padres. Que es lo que le decían á aquel mono que quería enseñar unos cuadros disolventes:

¿De que sirve tu charla sempiterna  
si tienes apagada la linterna?

ARGOS.

## LAS FERIAS DE VALENCIA



BATAILLA DE FLORES: PRIMER PREMIO: AVESTRUZ



SEGUNDO PREMIO: CAMELLO

Continuamos hoy con el mayor gusto la relación que dejamos pendiente en el número anterior, para dar cuenta de dos notabilísimos festejos, bastantes por sí solo para colocar a Valencia en primera línea entre las poblaciones españolas y extranjeras más señaladas por su refinado gusto artístico.

El *Coso Blanco*, celebrado el 30 de julio, fué un espectáculo que resultará inolvidable para cuantos lo presenciaron. La inmensa mayoría de los vecinos respondieron al ruego de la Comisión organizadora para que adornaran las fachadas y balcones, *de blanco*, y no puede imaginarse nada más original ni ingenioso que la manera como aparecieron engalanados los edificios situados en las calles señaladas.

A las cuatro y media ocupaba la extensa carrera un gentío inmenso; fuerzas de la guardia civil, policía, serenos, municipales y vigilantes cuidaban de guardar el orden; numerosas músicas estaciona-

das en diferentes puntos amenizaban el acto, y por fin, a las seis comenzaron a entrar en la pista los carruajes que salían de la Plaza de Toros.

En el *Coso* la batalla fué reñidísima, y fué lástima que por echarse encima la noche y amenazar lluvia no pudieran los carruajes dar más que dos vueltas a la carrera.

Sesenta fueron los coches que tomaron parte en la fiesta, y en la imposibilidad de publicar fotografías de todos bastarán a dar idea de la generalidad los que reproducimos y son *Nido*, proyecto de don A. Andrés Cabrelles; formado por ramas de árbol y sarmientos; *Cuna*, debido a la feliz inventiva de los Sres. Soriano y Calandín; *Concha*, original de D. Salvador Martínez; *Bebedero de palomas*, de Sánchez Arcis; pero nosecrea que fuesen esos los únicos verdaderamente notables; citaremos, y aun nos quedaremos cortos, *Litera japonesa*, proyecto de Carmelo Roda, muy



TERCER PREMIO: AVISPA

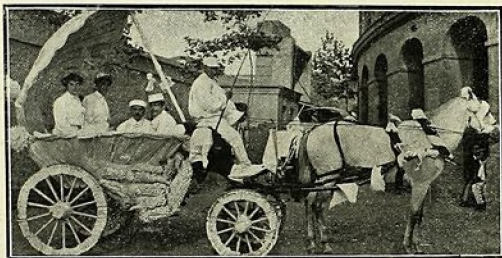
propio y elegante; *Perro de lanas*, de García Mas; *Girasoles*, del mismo; *Molino de viento*, de Genaro Palau; *Góndola veneciana*, del mismo; *Sombrilla*, de Enrique Ramón; *Palomos*, del mismo; *Pandereta*,



COSA BLANCO: CUNA

mo, amen de multitud de *Rosas*, *Nardos*, *Claveles*, *Lirios*, *Dalias*, etc.

Fueron premiados por el buen gusto con que aparecieron adornados los balcones de sus casas mada me Prats; el *Círculo Frutero*, D. Adolfo Bertrán; el *Corsé Modelo*, D. Julio Derrey, etc., etc., y por las fachadas los Sres. Beltrán y Belda (Canastillas), Armet y Ollart (Templetes árabes), Papelería de la calle de Peris y Valero (Fantasía), *Círculo Valenciano* (Capricho); Escuela



CONCHA



NIDO

Jasto es añadir ahora que durante el acto reinó un orden admirable.

La *Batalla de flores*, celebrada el domingo 2, por la tarde, resultó una de las mejores presenciadas

de Artesanos y Sastrería de Aparicio.

Con justicia pudo el Sr. Algarra, alma de esta fiesta, decir en un periódico: «Con un pueblo de artistas como el nuestro todo se puede intentar sin temor al fracaso. Valencia ha dado una prueba de su gran valía en el terreno del arte.

Desde hoy cuenta en su programa de ferias con un festejo más, que ha de producir á muchas clases sociales cuantiosos beneficios, que asombrarían si fuesen conocidos.»

hasta ahora. Los carruajes fueron en gran número, todos ellos hermosamente adornados, habiendo alcanzado los tres primeros premios: *Avestruz*, del Sr. Santomá; *Camello*, del Circulo Valenciano, y *Avísopa*, del Sr. Laurence.

Animadísima se vió también la carrera de bicicletas, y resultó sumamente vistosa la *Cabalgata industrial*, en la que figuraron artísticas carrozas anunciadoras de diversas casas.

La noche del 31 tuvo efecto en el Teatro Principal la solemne fiesta de los Juegos Florales, ofreciendo el coliseo un golpe de vista deslumbrador. Obtuvo la flor natural el tantas veces laureado poeta don Francisco Ubach y Viñeta, que, con representación delegada, designó por reina de la fiesta a la gentil señorita Teresita La Figuera. Alcanzaron los restantes premios los Sres. Calzada, Ainé, Almela, Muñoz, Escalante, Torrella, Giner, Pont, Pastor y Aycart y Mares.



DESSEDERO DE PALOMAS

## QUIEN BIEN AMA NUNCA OLVIDA

¿No habéis oído hablar nunca de Perico Pozo, ó de Perico á secas, como solían llamarme mis amigos? Pues yo fui ese, y fui sencillamente un segundo Tenorio.

No hubo mujer, en mis años juveniles, que resistiera á mi conquista.

No lo digo por fatuidad. No lo declaro llevado de maligno espíritu de libertinaje. No me expreso en tales términos, olvidando la cortesía que se debe á toda belleza que se rinde. Hoy confieso mis triunfos por que ellos hacen más punible mi pecado.

He dicho «conquista», y me he expresado impropiamente. Yo no reunía, á la verdad, méritos para las victorias amorosas.

Poco, desgarrado, huyendo de refinadas elegancias; no disponiendo de una palabra fácil; desconociendo el diccionario de las frases de miel; careciendo de deslumbrante fortuna; no era por cierto el mozo más adecuado para servir de modelo al ideal femenino.

Pero, tales desventajas eran resarcidas por una condición sola. ¡La sinceridad! Era sincero en todas mis pasiones.

Enamorábame de plebeya muchacha ó de aristocrática dama, siempre mi corazón se interesaba profundamente.

Y la mujer, á quien tributaba mi nuevo culto, comprendía al momento, leyendo en mis ojos, adivinando en mis suspiros, notando en todos mis actos, que era objeto de un cariño loco.

¡Extraño fenómeno! En mis incipientes amores jamás olvidaba por completo los ya terminados. En mi memoria quedaba guardado, como en arca sellada, el perfumado recuerdo de las ilusiones de un día.

Y sin embargo, semejantes queridas reliquias, no estorbaban en nada á la delirante efusión de mi alma ante el idolo de mañana.

Fui, pues, amado porque amaba. Y amaba constantemente como si amara por vez primera.

Y era porque sobre cada afecto nuevo levantaba yo un alcázar mágico de venturas terrenas; alcázar que, al verse rodeado de la realidad, resultaba siempre imperfecto, inferior á mis sueños.

Me aterraba, por otra parte, la pérdida de mi independencia. Para doblar mi cuello á un solo yugo, necesitaba una excepcional tirana. Me era la libertad muy apetecida. ¿Con qué placeres compensaría el dominio absoluto de mí propio? Estaba habituado á hacer mi santa voluntad. Toda prisión, por dulce que fuera, me producía asfixia. Dormir de día, velar de noche, comer cuando se me antojaba, viajar á donde me placía. ¿Quién me aseguraba que el hogar conyugal iba á permitirme esta deliciosa conducta?

Luego se me representaban las tristes realidades del trágico de una casa: las enfermedades de los seres amados, los apuros pecuniarios, el hastío espantoso de la rutina.

No, no.

Era el amor la última ilusión que me quedaba, y deseaba conservarla íntegra. Anhelaba que aquella rosa de la fantasía no perdiera, con el roce diario, ninguno de sus sedosos y aromáticos pétalos.

El tiempo, entretanto, que no se detiene para nadie, corría para mí igualmente. Y al fin sentí que la vejez se acercaba con toda su cohorte de negras desdichas...

No hace un mes que, dejando mi aldea, á donde me había retirado, harto de la vida cortesana, volví á Madrid, al lugar de mis glorias juveniles.

Cada calle, cada esquina, cada casa conserva, de mis pasadas aventuras, un recuerdo.

Y todos esos recuerdos han resucitado á mi paso. Y, sobre todos, uno, uno que se me ha apoderado de todo mi espíritu desde el primer día de mi regreso.

¡Delicioso recuerdo de un amor que nunca he dado por completo al olvido!...

Era una muchacha muy guapa.

Era el tipo de mujer que más ha encantado mis sueños.

Morena, gordezuela, bajita...

No, no se me ha des pintado su retrato.

Sus ojos grandes, donde se leía el candor más puro, no se han apartado jamás de mi vista, aun al través de los años y de la ausencia.

Su pelo negrísimo y abundante, algo ondeado; pareceme estarlo contemplando todavía, ya cuando se moldeaba, recogido en gracioso peinado, en torno de la pequeñita cabeza, ya cuando se destrenzaba, cayendo, como manto de terciopelo azabachado, á lo largo de la espalda.

También imagino á veces admirar sus manos, menudas, suaves y carnosas.

Y sus labios frescos siguen deleitándome; y su andar garbosísimo continua enloqueciéndome; y no ha cesado de seducirme su voz dulcísima, tierna, delicada, semejante á balido de corderillo.

Y si su cuerpo era un encanto, su espíritu era un hechizo.

Reinaba allí dentro la paz más dichosa. Todo su ser tenía por marco un armillo de inocencia. Resbalaban en su interior, como por una superficie de nieve, esas palabras andaces que la pasión pronuncia en momentos de fiebre.

Y su modestia era extremada, y su sencillez incomparable, y su mansedumbre infinita.

Adornada de las mejores prendas que avaloran las virtudes domésticas, su laboriosidad no conocía descanso, ni su discreción tregua, ni su previsión enfriamiento, ni su lealtad desmayo.

Era, juntas en una sola persona, la esposa del obrero y la musa del poeta.

Sin embargo, no me casé con ella. ¿Por qué? Porque yo ambicionaba más todavía. Codiciaba una mujer que resumiera en sí á todas las mujeres. Yo pretendía encontrar que al mismo tiempo ella fuera ángel y harpía, paloma y fiera, santa y libertina.

No me contentaba con la azucena que embriaga con su aroma, sino que requería, por aberración diabólica, el aguijón que punza y ocasiona sangre.

Para que no bostezara mi hastío, pedía, bajo un cielo de estrellas, un mar de tempestades.

Ultimamente, como ya comprenderéis, había rebajado el nivel de mis deseos

Y desesperando de hallar algo de lo que buscaba, me recliné, al fin, en el cuarto de mi fonda. La habitación estrecha, oscura y vulgar me ahogaba, y, un día me asomé al balcón, que se abre sobre una calle céntrica. Al principio me distrajo, tal cual, la gente que cruzaba afanosa, ó aburrida, bajo mis pies. Mas, pronto llamó mi atención un grito extraño. Era un grito gangoso, monótono, chillón. Mezcla de voz de persona y de graznido de pájaro.

Y, en efecto, cuando descubrí de qué garganta salía el grito que había atraído mi curiosidad, noté que participaba de ambas condiciones. Era un loro que hablaba, en su jaula, en el balcón de enfrente.



Y más que hablaba, solo profería un nombre... Un nombre, que, al escucharlo, puso en conmoción todos mis nervios.

Este nombre era «¡Pilar!»

Y ¿sabéis que así se llamaba la linda jovencuela de mis mocedades, y cuyo retrato os he trazado?

—¡Pilar! ¡Pilar! ¡Pilar!

No cesaba de repetir el pájaro esas dos sílabas, esas dos benditas sílabas, que yo en otro tiempo había pronunciado entre lágrimas de ternura y con acento delirante.

¡Adorado pájaro!

Le perdonaba el quebradero de cabeza con que me lastimaba repitiendo aquel vocablo maquinalemente.

¿Sería ese el nombre de su ama? Podría ser muy probable. Más ¿su ama sería mi antigua amada?

Semejante presunción no se cimentaba en muy sólidos fundamentos.

¡Iba a ser la casualidad tan bonachona que me ofreciera delante el objeto perdido é idolatrado?

Además, aunque así fuera, aunque Pilar, la Pilar auténtica, fuese mi novia de antaño, ¿estaría soltera? ¿Puede una mujer bonita no ser solicitada en matrimonio, durante tantos años como hacía que duraba nuestra ausencia?

La incertidumbre me torturaba horriblemente. Bajé á la calle, y pregunté á la portera de la casa del loro.

—Sí,—me contestó.—Se llama Pilar la dueña del loro. Es una señora que tiene cierto parecido con la que usted me ha descrito. Es muy buena. Está desmejoradita. Está casada con...

No quise oír más. ¡Casada! ¡Toda mi posible ventura, urdida en un instante, en un instante se había deshecho!

Se apoderó de mí la desesperación más espantosa.

No distísti, sin embargo. Resolví beber hasta la última gota de mi cáliz de smargura. Me planté en la puerta de Pilar á esperarla.

Y, al fin, una tarde, salió una mujer que conservaba una vaga reminiscencia de aquella otra, «de la adorada».

¿Era ó no era la misma? La seguí, la miré, y ví que se turbó, un poco. La hablé, y me respondió en tono tembloroso:

—Sí; soy Pilar. Soy la mujer que tanto le ha querido.

—Pues ¿y yo?... Pero, el destino, la fatalidad, la fuerza de las cosas nos ha separado. ¡Si usted fuera libre!

—Lo soy.

—¿No es usted casada?

—Lo he sido hasta hace un mes. Mi esposo era militar, y acaba de morir en la guerra.

—¿Luego?...

—¿No me ve de luto riguroso? Pues este luto será eterno.

Y dándole la mano, se despidió, diciéndome triste pero enérgicamente:

—¡Adiós!

—¡Oiga usted!—le repliqué con ansiedad amorosa.

Fué en vano. Pilar tomó rápidamente un coche, y desapareció, envuelta en las negras gasas de su reciente luto.

Y ahora, acabo de regresar á mi fonda lleno de confusiones.

¿Qué haré? ¿Espero? ¿Me amará? ¿Seré feliz? ¿La amaré yo ahora, cuando, no hay que negarlo, no presenta los mismos atractivos de antes? ¿Y valía la pena de despreciarla doncella, para aceptarla viuda?

No sé.

Tal vez es esta una lección para los amantes. Y ese loro, con su charla nasal, incoherente, burlesca, es quizás representación de la voz del pasado, que no canta como los raiñeflores primaverales, sino con ese chillido casi acusador que parece eco de los estragos del tiempo.

De todos modos, esa mujer, fea, vieja, unida á otro hombre, ó solitaria en la vida, no podrá apartarse jamás de mi memoria.

¡Ah! ¡Qué verdad es que «quien bien ama nunca olvida»!



José DE SILES



LA LAVANDERA, cuadro de Eugenio Blaas

Ayuntamiento de Madrid

## LA ÚLTIMA CARTA DE PERICO

—¡Ay! Tío Juan, tío Juan; lo que es Perico, si que no vuelve... hace más de seis meses que no sabemos de él y hoy hace dos años que se marchó del pueblo, con el hijo del tío Lucas que hace dos meses escribió que se había muerto... ya ve usted, de los muertos se tienen noticias y de él no...

—Maruja, ya me tienes frito con tus lloriqueos y todo lo que dices *respectively* al Perico; y o sin decir nada lo sé mejor que tú, que al fin y al cabo yo soy su padre y tú siendo su prima y novia por añadidura; que son dos cosas; y yo, que no me he de casar con él, deseo más que tú que vuelva y siempre pido a la Pilarica que nos conceda la gracia de poderle abrazar tan robusto como cuando se fué con los pobres infelices; que esos sí que no es fácil que vuelvan...



La pobre madre que estaba cerca del fuego arreglando la cena, se volvió al oír el anterior diálogo y dijo al tío Juan:

—Y yo que soy su madre, te digo que tampoco vuelve y eso que en cuanto á rezar á la Virgen no me ganas ni tú ni nadie.

El tío Juan por más que se esforzaba en fingir una seriedad que no sentía por estar reventando de alegría, no pudo reprimir una risita, que á las dos mujeres les sentó muy mal, y su parienta, que ya empezaba á hacer pucheros, como siempre que se hablaba de aquel asunto, rompió á llorar y Maruja también.

El padre soltó una francota carcajada que paró en seco la desesperación femenina.

—Pero, ¿te has vuelto loco, Juan?... A ti te ha pasado algo.

—Vaya, basta de lloriqueos...

Y sacando una carta de la faja, se acercó al candil, plantándose el papel delante de las narices; Maruja no le dió tiempo de mirar por más rato la tan deseada carta.

—Venga la carta, que yo la leeré como he leído las otras.

Tío Juan no soltaba el papel y casi silabeando, empezó la lectura, pero, al poco rato, dió la carta á Maruja, que la leyó de un tirón. La alegría de todos fué indescriptible; el chico decía que había llegado bueno y sano á Cádiz y según los cálculos paterneros debía estar en casa aquella misma noche. Al menor ruido, el padre se acercaba á la puerta, abrirla y después de escudriñar las tinieblas volvía á cerrar esperando siempre. Por demás decir que nadie durmió en toda la noche, y, cuando al romper los primeros albores del día empezaron á teñirse de púrpura las pocas nubes que flotaban sobre el azul del cielo y á dorarse el alto de las vecinas colinas, medio pueblo estaba ya aguardando cerca del camino de Zargozo y cuando descubrieron á mejor dicho adivinaron la silueta de Perico corrieron todos como locos. Al encontrarse empezaron los abrazos y besos, apretones de manos y todas las expansiones francas de esos baturreos que nunca saben fingir.

Para la pobre familia del tío Juan, el regreso de Perico, fué el colmo de la felicidad y desde aquel momento se acabaron las tristezas y con los rayos del sol naciente de aquel fausto día, renació también la tranquilidad y la paz en la familia.

Después de pasadas las primeras emociones y recordando la lectura de la carta, ocurriéronse á Maruja preguntar al tío Juan:

—Diga usted, tío Juan; ¿cómo se arregló usted para empezar á leer la carta de Perico?

—Maruja, Marujilla... tú tienes diez y ocho años y lees mejor que la maestra del pueblo... y claro, ahora te ríes de tu tío porque siendo más viejo que tú, le cueste más trabajo...

—No, tío de mi alma; no me río, es que me extraña de que usted entendiera la carta.

—Pero, ¿de veras, tú empezaste á leer la carta?—dijo su mujer tan extrañada, como si con la satisfacción presente para ella no existiera ya el pasado.

—El Sr. Roque, me dijo un día al salir con los chiquitos de la escuela; pa aprender, el hombre nunca es viejo y después de *riflesionario* un tantico, le dije que si le parecía bien y mediante una fanega

de trigo candeal que yo le entregaría, si tenía alma *pa* enseñarme á leer las cartas de Perico, que es solo lo que yo deseaba saber leer; y claro como es tan buen hombre, en oyendo lo del trigo, y sabiendo como sabe que soy persona formal, me dijo que sí; pero ha *risultao* que las letras que tiene en la escuela *pa* los chiquios no son las mismas que las que escribe éste con la tinta y por eso...

—Sí, y por eso no sabe usted de la misa la media,—dijo Maruja, que hacía mucho rato estaba hablando con el ex militar de ultramar.

—Pero, chica ¿no la leiste toda?

—Toda no, porque había una P. D. para mí sola y...

—Bien,—replicó el tío Juan, volviendo por un momento á su cara seriosa;—de modo que tú con tener más letra que yo tampoco las concluyes.

—No se enfade usted... ¿Se lo digo, Perico?...

—Anda, sí; díselo y *pa* acabar yo voy por la guitarra.

«P. D. Me olvidaba decirles que antes de partir de Cuba, mi capitán que era un santo (Q. E. P. D.) y que se murió en el hospital dos días antes de mi salida, antes de morir me dijo: «Toma Perico este billete de lotería y que Dios te de más suerte que á mí; pues ya ves que á mí ya no me servirá de nada... si algún premio me han de dar... no será ya en este mundo...»

«Llegué á Cadix y ví en la lista que al billete del capitán le había *tocao* el tercero; con que, Maruja de mi alma ya tienes novio y una dote regular...»

Algo más decía la carta, pero el demonio de la chica esta vez tampoco la concluyó.

—Bendita sea la Virgen del Pilar,—exclamó la madre, abrazando á Perico;—la verdadera lotería eres tú que vales más que todos los premios gordos del mundo.

—Anda Perico, canta alguna canción de esas que aprendiste en Cuba.

El chico templó la guitarra y después de cuatro rasgueos empezó á cantar esas guajiras que era lo

único que en medio de las inmensas fatigas de la campaña, alegraba el alma del pobre soldado español.

Abí van dos para muestra:

Cogí la pluma y tintero con intención de escribir sabiendo que iba á morir sin tener ningún consuelo. Divino manso cordero, que no me falte el valor; es tan triste mi dolor que me arrebató la vida; asíós mi madre querida, centre de mi corazón.

Madre, ya estoy embarcado y mi corazón suspira que me parece mentira que llegue yo á vuestro lado; un brazo llevo cortado por causa de una honda herida no llores madre querida por que yo me considero más feliz que el compañero que allí quedó sin la vida.

Pablo M. Bertrán



## EL PAPA PÍO X

Bien puede asegurarse que el último cónclave ha tenido honores de batalla; en el fondo se trataba, en efecto, de una lucha á ultranza entre latinos y no latinos. Habíase formado en favor de Gotti una coalición austro germano anglo yankee, que por fin pudo desbaratarse, triunfando el elemento italo-franco-hispano. La cosa puede traer consecuencias de la mayor importancia, y no sería extraño que de esta hecha se fuera á rodar la *triplice*.

En vista de la imposibilidad de que lograra alcanzar el triunfo el cardinal Rampolla, y no pudiendo prolongarse más el cónclave por el calor insoportable que se dejaba sentir en las celdas, llegóse á una inteligencia, y resultó elegido el patriarca de Venecia, cardinal Giuseppe Sarto, persona gratísima á León XIII, que muchas veces hubo de predecirle sería su sucesor y tendo por espejo de saber y de virtudes.

Cuenta el nuevo Pontífice 68 años; nació en Riese, pueblecito de la actual provincia de Treviso (Venecia) de humilísima familia. Ordenado de presbítero á los 23 años comenzó desempeñando el cargo de párraco de la villa de Salzano, donde permaneció hasta los 40 años, llamando la atención del obispo de Mantua, su prelado, por las relevantes dotes de virtud, ilustración, energía y don de gentes que demostraba en su curato. De ahí que al quedar vacante aquella sede fuese promovido á ella con gran satisfacción de sus diocesanos.

León XIII, que sabía todo lo que valía, lo trasladó en 1897 al patriarcado de Venecia y le confirió poco después el capelo cardinalicio.

Asegúrase que el cardinal Sarto, si se distinguió siempre por la firmeza de su fe y su intransigencia en materias de dogma, demostró en cambio un amplio criterio de fraternidad y transigencia respecto á todo lo humano y enlazado con las luchas de la vida. En lo que sí no cabe duda, es respecto á su ardiente caridad, harto conocida en Venecia, y al exquisito tacto demostrado en sus relaciones con las autoridades italianas.

Gravísimos son los problemas que va á encon-

trar planteados el nuevo Papa, pero á buen seguro los habrá de resolver con inmejorable acierto, en bien de la paz de los espíritus y guiado por el espíritu de concordia compatible con los indeclinables deberes de su augusto ministerio.

No tenemos ahora intención alguna de añadir una nueva, cuanto infundada opinión más á tantas como se han ido haciendo públicas respecto á los planes, tendencias y propósitos del nuevo Papa. D. fiail es que ni aun él mismo tenga hecha su composición de lugar, pues se ha metido poco en política y ha cuidado más de la cura de almas que de los negocios relacionados con las cancellerías. Será, pues, muy posible que continúe ahora lo mismo.

El hecho más notable ocurrido en el último cónclave ha sido el *Veto* interpuesto por Austria á la candidatura de Rampolla, y no es necesario ser muy lince para descubrir en ello «la mano oculta» de Guillermo, á quien no convenía en manera alguna que ciese la tiara el famoso Secretario de Estado, por no entrar éste

en sus miras. Los cardenales se han quejado, y á nuestro juicio con motivo, de la intromisión de un Estado político en las cosas de la Iglesia, y parece van á protestar de tales ingerencias. A buen seguro que sin el *Veto* de Austria, hubiera sido elegido Papa el cardinal Rampolla. Este ha quedado tan disgustado que ha manifestado propósitos de retirarse de la vida activa, pero es difícil creer que lo cumpla, antes bien todo indica que habrá de ejercer grande influencia en la marcha del nuevo Pontificado.

La ceremonia de la coronación se verificó con toda pompa el pasado domingo, á pesar del terrible calor que se dejaba sentir en Roma. Ya ha entrado, pues, Pío X, en pleno ejercicio de sus funciones, y solo nos toca por nuestra parte desearle el mayor acierto en su elevadísimo cargo y que desmienta como los dos últimos antecesores la profecía de *Non videbis annos Petri*. Pío X, puede perfectamente reinar más de veinticinco años; dírase que desde que el Papa ejerce tan solo el dominio espiritual, se alarga su existencia.



S. S. EL PAPA PÍO X

## TACTICA MILITAR

En una parte de la antigua Persia, reinaba hace algunos siglos un rey llamado Riniedo que admiró a la gente de su época, por la invención de una táctica militar tan perfecta, que no había habido batalla que sus tropas no hubiesen ganado haciendo uso de ella.

Era sin duda alguna el genio guerrero de su época y, sin embargo, no era feliz. Su edad bastante avanzada le hacía pensar en su próximo fin y sufría lo indecible cuando reflexionaba que a su muerte desaparecería su táctica, pues aunque tenía un heredero, su hijo, éste era de tan corta edad que no era posible hacérsela aprender.

.\*

Un día que el rey se hallaba en su cámara mortificando como siempre su imaginación para encontrar el medio de traspasar la táctica a su hijo, se vió sorprendido por la presencia de éste que traía en

sus bracitos una gran caja. El rey en vez de besar a su hijo le repelió con dureza; entonces el niño comenzó a llorar, y al querer salir de la habitación tropezó y cayó al suelo con la caja que llevaba, que al caer se abrió y dejó salir de ella lo que contenía, que era un batallón de soldaditos de plomo.

Por el pronto el rey no dió importancia al suceso de la caída, pero después y como aterrizado miró con espanto aquellos soldaditos de plomo esparcidos por el suelo, rotos y en desorden, y creyó ver desde el infinito a las tropas de su hijo derrotadas y maltratadas en aquellos soldados de juguete, y deprimió, muy deprimió, como el que de súbito le ocurre una idea salvadora, cogió los soldados del suelo uno a uno y los fué colocando sobre su mesa con alegría triunfal, hasta que formados del todo y habiéndolos hecho retroceder, adelantar mudándolos de sitio, y cogiendo a su hijo y después de colmarle de besos, gritó con voz triunfal: «No te vencerán, no te vencerán, sabrás mi táctica», y luego sin pronunciar una sola palabra estuvo largo rato con su hijo entre los brazos, viéndose en aquellas caras un fiel retrato de una alegría inmensa, pero callada, no de carcajadas que no siempre es la verdadera, sino de lágrimas, es decir, de esa alegría que llega al corazón. La victoria de los soldaditos de plomo había conmovido al guerrero de bronce.

.\*

Pasado algún tiempo y habiendo muerto el rey Riniedo pasaba la minoría de su hijo de una manera escabrosa, no por derrotas militares, sino por la mala política de sus ministros que aprovechaban aquella minoría haciendo sus fortunas a costa del país, mientras el niño heredero pasaba horas y más horas formando sus soldaditos en la forma que su padre le había enseñado.

Hacia compañía casi de continuo al príncipe, otro niño amiguito suyo, hijo del rey de Salisa, reinado este dominado por el rey Riniedo. La amistad de los dos niños era estrechísima y, sus corazoncitos inocentes de ángeles, dejaban salir al exterior las inclinaciones del cariño que se profesaban; eran dos almas gemelas que sin duda se conocían de otro sitio, de la eternidad tal vez.

Al fin llegó un día en que el amiguito tuvo necesidad de abandonar al hijo del rey Riniedo, y después de una tiernísima despedida, nuestro príncipe, como prueba de aquel cariño más grande que su

cuerpecito, le regaló su caja de soldados para que en su castillo los formase sobre la mesa como á él había visto hacerlo y se entretuviese y recordase de él.

••

Nos trasladamos al castillo, residencia del rey de Salisa, y encontramos á éste en su cámara enfreído en sus pensamientos y en sus pesares y llorando una vez más aquella esclavitud que á su muerte pasará á su pobre hijo.

La puerta de la cámara se abre, por ella asoma la cabecita del príncipe adornado con sus cabellos rubios que parecen de oro y debieran serlo, pues no otro adorno requiere una cabecita que encierra una imaginación, que sólo trabaja para lo bueno, para lo glorioso. Penetra en la estancia, se acerca á su padre, le besa y, sin embargo, éste sigue con la cabeza inclinada y descansando sobre los brazos

sin mirarle á la cara. El niño en vista de este desabrimiento, coge una silla, y sentándose al lado de la mesa, saca de la caja de soldados que trae entre sus bracitos y los va colocando sobre la mesa, hasta que habiendo terminado su obra llama la atención á su padre; éste levanta la cabeza, su cara toma un tinte de alegría que va creciendo por momentos. Aquella colocación es la misma que usaba el rey Riniedo en la táctica con la que le venció, y cogiendo á su hijo entre sus brazos y llenando sus mejillas de besos, repetía: «Ya no serás esclavo, serás libre, serás libre», y los dos unidos por el lazo de la alegría,



gría, lloraban y reían, el padre por el cumplimiento de la redención de su hijo y el hijo por la alegría que le producía ver premiada su obra con aquel exceso de ternura.

••

Las tropas del rey de Salisa cercan el país del rey Riniedo dispuesto á tomarle. En la rotunda del castillo se halla su hijo, que entre carcajadas de alegría repite orgulloso: «Así pongo yo mis soldados, como mi papá me enseñó.»

••

Hoy día el rey de Salisa es independiente y rey absoluto de todos los estados del rey Riniedo y el hijo de éste sufre la esclavitud por haber enseñado la manera de que lo esclavizasen.

A. PLACIOL

## IMPOSIBLE

### SONETO

¿Dices que te aborrezas? Empeño vano.  
No lo esperes jamás si ese es tu anhelo:  
eso es tan imposible como el cielo  
colocarse al alcance de la mano.

Tan difícil es, Luz, como el gusano  
vivir sin arrastrarse por el suelo;  
cual sonreír el labio cuando el duelo  
hiere, cruel, al corazón humano.

¿Verdad que es imposible cuanto digo?  
Pues aun es más tu pretensión de loca.  
¡Nadie cual sois adivino, mujeres!  
Si en vez de aborrecerte te bendigo  
¡cómo te he de olvidar, ó acaso quieres  
que tenga el corazón como la roca!

PABLO GARCÍA LLEDÓ

Con e  
los señ  
dores el  
album J

Hasta  
siguient  
El as  
Carlos E  
Maga  
L. Jacob  
El tes  
venson.  
El ch  
por L. J  
Orso,  
El Hi  
Las lo  
nio Hou  
La ne  
lio Perr  
Una c  
ny.  
Los co  
rique S  
El sec  
lot.  
Solos  
La Sa  
Para  
nistraci  
za de T

Se me  
cuando  
y es, q  
de que

Mira  
que por  
no me g  
lloras y

Si me  
me aca  
por alg  
que el

¿No  
que de  
Pues, ¿  
al cerr

Hay  
y jueg  
yo, dig  
iy no s

RESE

# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 85.º de regalo, del album **JOYAS DEL ARTE**.

## BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

*El asesinado del Puente Rojo*, por Carlos Barabá.

*Magdalena la Mendiga*, por L. Jacolliot.

*El tesoro del pirata*, por L. Stevenson.

*El crimen del molino de Usor*, por L. Jacolliot.

*Orso*, por Enrique Syenkewicz.

*El Hijo Maldito*, por H. de Balzac.

*Las lágrimas de Juana*, por Arsenio Housaye.

*La necesidad del crimen*, por Julio Perrin.

*Una orgía de sangre*, por A. Vigny.

*Los caballeros de la Cruz*, por Enrique Syenkewicz.

*El secreto terrible*, por Adolfo Belot.

*Solos*, por Pedro Zaccane.

*La Salamandra*, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

## TALLOS

Se me alegra el corazón cuando te veo llorar, y es, que me hago la ilusión, de que comienzas a amar.

Mira si serás infame, que por que sabes que lágrimas no me gusta que derrames, lloras ya sin tener gana.

Si me da guerra la Paz, me acorria la Leona; ¡por algo dirá el refrán, que el nombre no hace a la cosa!

¿No dices que te avergüenza que de noche vaya a verte? Pues, ¡por que le das acete al cerrojo de la puerta?

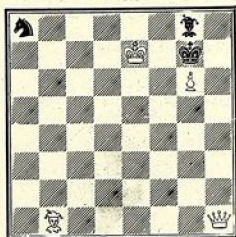
Hay quien dice odia al dinero y juega a la lotería; yo, digo que no te quiero... ¡y no salgo de tu esquina!

FÉLIX PÉREZ SERRANO

## Problema de ajedrez núm. 15

POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

## ARTIFICIO JEROGLÍFICO



¿Como podríamos leer una palabra con los precedentes fragmentos?

NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

Reléguense ya a la historia los callos y su sufrir, pues existe el callicida del doctor Ladivonsim.

## SOLUCION

1. los pasatiempos del número anterior

Marco enigmático.—

J	A	L	A	P	A
D	I	C	E	A	
A	L	A	M	A	R
I				R	
L	A		R	A	
C			A		
A	M		A	R	
E			N		
P	A	R	A	M	A
A	R	A	N	A	
A	R	A	R	A	T

Logogrifo jerooglífico.—

UN CLAVO | **VULCANO**  
1 2 3 4 5 6 7

Jerooglífico comprimido.—Casorio.

Si tenéis la tos ferina emplead el fenocil; contra cualquier colerina la magnesia San-Imol.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. A. H.—La poesía está bien. El cuento no gustaría, probablemente, pues se trata de una acción cuya odiosidad no se remedia con metáforas ni loriques.

S. M. S. y M.—Madrid.—Agradezco cordialmente el favor que nos dispensa con el envío de sus epigramas, todos ellos rebosantes de ingenio y modelo de cultura.

Un brucatenso.—Barcelona.—Gracias por su envío; no habría inconveniente alguno en insertar algo en prosa, en las condiciones que usted dice.

Magallanes.—El cuadro del naufragio está muy bien diseñado, pero mas que para un artículo nuestro serviría para capitulo de una novela. Aislado, como ahora, no despierta interés.

E. C.—Madrid.—Quedará usted complacido en breve.

S. M.—Mucho me gustaria publicar todas sus poesías, pero me temo que, «cadas ya las huelgas, no surgiera otro conflicto pidiendo la cabeza del autor, y tal vez la del director, en concepto de cómplice».

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA». PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

COREA



INFANTERÍA: SOLDADO